

## RESIGNARSE O RENACER

### La experiencia de la misericordia de Dios en el terremoto de Ecuador

P. Rafael  
González Ponce, MCCJ\*

---

\*Nació en Guadalajara (México) en 1951 y fue ordenado sacerdote en 1980. Perteneció al Instituto de los Misioneros Combonianos del Corazón de Jesús. Obtuvo la Licenciatura en Teología y el Diplomado en Mariología en la ciudad de Roma. Concluyó la Maestría en Teología Pastoral y Catequesis en París. Trabajó en las revistas *Aguiluchos* y *Esquila Misional*. Más tarde fue enviado como misionero en Asia donde ayudó en la fundación de la revista *World Mission* y realizó un intenso apostolado con los jóvenes en Filipinas. Fue Consejero General de su Congregación en Roma y luego Provincial en su tierra natal. En Colombia colaboró en la formación de los Hermanos Misioneros. Actualmente es Provincial en Ecuador y Presidente de la Conferencia Ecuatoriana de Religiosos/as.

No existe dolor más grande para una persona que ver sufrir a sus seres queridos y probar la propia impotencia para remediarlo. Esa ha sido quizás la realidad más dura que nos ha hecho encarar el terremoto del 16 de abril del 2016 en el Ecuador (y sus más de 2000 réplicas hasta el día de hoy), con 670 hermanas y hermanos fallecidos, muchos miles de heridos, niños huérfanos, ancianos sin techo, familias sin fuentes de trabajo, numerosos enfermos postraumáticos y cuantiosas pérdidas en edificios caídos (casas, hospitales, centros educativos, oficinas, hoteles, lugares de servicios públicos y templos...). Por doquier confusión y miedo. La fragilidad que, lo sabemos bien en teoría, hace parte de nuestra condición humana pero duele y desconcierta las convicciones más profundas.

No obstante todo, resulta urgente enfatizarlo, la última palabra no la ha tenido la desolación sino la esperanza. Casi como por encanto, la fórmula mágica ha despertado al gigante dormido: el pueblo ecuatoriano, superando la parálisis de la sorpresa, se ha estrechado de inmediato en un enorme abrazo de solidaridad. Niños y adultos, pobres y ricos, mestizos, indígenas y negros, des-

de las grandes ciudades hasta los rincones de la Sierra, la Amazonía, la Costa y las Islas remotas, donan lo más hermoso de sus corazones a través de un poco de arroz, unos pañales, una chompa o una botella de agua, organizándose como jóvenes voluntarios, apoyando a las brigadas de socorro o simplemente orando y llorando esas lágrimas que fecundan las almas.

Las ayudas internacionales, por igual, empezaron a llegar acortando todo tipo de frontera, el mundo-hermano se dio cita en el Ecuador dignificando la faz de la tierra. La certeza de que nada puede doblegar a un pueblo unido afloró del inconsciente colectivo, valió la pena constatarlo como un potencial futuro aunque haya sido apenas como una ráfaga. Algo sucedió junto con el terremoto geofísico que nos ha cambiado por dentro.

### Vida Consagrada involucrada desde su propio ser

Personalmente se me hizo un nudo en la garganta cuando, en la madrugada siguiente al temblor, respondiendo a una entrevista de Radio Vaticana, la conductora me dice que el Papa Francisco aca-

baba de enviarnos un mensaje y nos daba su bendición. Me hizo recordar cuando el mismo Papa, unos meses atrás, nos aseguró en El Quinche que el secreto por el cual los ecuatorianos tenemos siempre una sonrisa, aún ante las adversidades, es porque nos hemos consagrado al Corazón de Jesús, o sea que nos sabemos amadas y amados entrañablemente. La Vida Consagrada, sin buscarlo, pero en coherencia con su esencia propia, se ha convertido durante estos eventos en reflejo de ese Corazón lleno de misericordia para con su pueblo.

El terremoto encontró a las misioneras y misioneros (obispos, sacerdotes, religiosas, religiosos, laicos) en medio de la gente, no huyeron. Ellas y ellos se remangaron para coordinar los primeros movimientos, levantar heridos, distribuir alimentos, consolar -sobre todo eso- consolar en silencio, dar un abrazo de misericordia o dejarse robar una sonrisa. Las Hnas. Vicky y Soledad, de las Mercedarias, la Hna. Claire y las chicas aspirantes, de las Siervas del Hogar de la Madre, que murieron durante el percance, nos quedan como ejemplos emblemáticos de una Vida Consagrada donada, sin pretender otra cosa que estar con

la gente en su acontecer cotidiano... como es cotidiano el amor verdadero.

### Caridad organizada

De primordial importancia resultó la acogida que las superiores/es mayores de las varias congregaciones brindaron a la convocatoria de la CER, con el fin de hacer una lectura desde la fe e impulsar acciones concretas. A partir de esa reunión, se organizaron Equipos Misioneros Intercongregacionales, que tienen como objetivo fortalecer a las comunidades religiosas que se encuentran en los lugares más afectados y que necesitan un relevo al menos temporal. Enseguida se vio la necesidad de fomentar los procesos de acompañamiento psicoespiritual en los albergues y campamentos de desplazados. En Manabí, teniendo como centro Portoviejo, nuestras misioneras y misioneros empezaron a moverse, de manera muy sencilla y discreta, por Pedernales, Jama, Canoas, Manta, Bahía de Caráquez, Calcuta... luego en la zona de Esmeraldas, teniendo como sede la isla de Muisne, alcanzando después, la población tan golpeada de Chama. Gracias a algunas congregaciones que pusieron personal

disponible a tiempo completo, las demás se han podido distribuir, aun si disponían solamente de algunos días o semanas.

Nuestro Equipo de Reflexión Teológica es de los primeros que reacciona y se pone a trabajar con mucho cariño para elaborar el folleto “¡Ánimo, no temas! ¡Yo estoy contigo!”, un instrumento necesario para acompañar a las personas y comunidades en su duelo, desde el horizonte amplio de la Vida humanizadora y regeneradora del Resucitado. Enseguida ellas/ellos mismos se ponen a disposición para visitar las Regionales para compartir su testimonio de fe y esperanza.

La necesidad de un mínimo de preparación para nuestro personal, nos impulsó a organizar talleres con profesores especialistas en este tipo de acontecimientos, (luego nos pidieron también de otras instituciones sociales), de manera que pudieran estar capacitados en métodos e instrumentos elementales para estos casos de emergencia y desastre. Es impresionante constatar cómo algunos voluntarios quedan afectados al enfrentar situaciones límites, y tenemos que darnos una mano unos a otros.

Otro servicio fundamental, además de la disponibilidad para los medios de comunicación o servir como punto de convergencia para la información de los varios institutos, es que la CER ha incluido una participación activa para articular la acción de la Iglesia en cuanto tal, a través de un convenio entre la Conferencia Episcopal (Pastoral Social), Cáritas nacional e internacional, la iniciativa Hogares de Cristo de los jesuitas y otros movimientos apostólicos. De esta manera, hemos podido dialogar en algunos espacios o directamente con el gobierno del país, buscando acelerar procesos y permisos para la reconstrucción tanto de viviendas, como del tejido productivo generador de empleo. A nosotras/os se nos ha pedido dinamizar, como de hecho nos corresponde, en particular -sin excluir los otros aspectos de una acción integral- el *plus* del apoyo psicoespiritual que intenta reconstruir a la persona en su totalidad.

### La solidaridad llegó para quedarse

El terremoto ha sido también social, cultural, religioso, espiritual... Nos ha hecho cuestionarnos, no únicamente sobre los *porqués* (que muchas veces per-

manecen en el misterio), sino, sobre todo, el *para qué* (la oportunidad para una comunidad humana más plena), asumiendo con madurez este acontecimiento. El desafío está vigente: o refugiarnos en una resignación pasiva o, por el contrario, apostar por un cambio de vida a nivel personal, social, ecológico y eclesial. La convicción es que Jesucristo opta por la dignidad y superación de los hijos e hijas de Dios.

La mejor forma de comprometernos es caminar hombro a hombro con los que sufren (celebrando jubileos de misericordia), ofreciéndoles la única certeza del Evangelio (que Dios está con nosotros incondicionalmente) y particularmente asegurándoles que ellas y ellos tienen el potencial para levantarse con determinación más fuertes que nunca. Que no son “damnificados permanentes”, sino, personas capaces de salir adelante. Insistir en que la fraternidad y la solidaridad llegaron para quedarse. Que las misioneras/os no nos vamos cuando se van los reflectores de las televisoras.

Frente a estas realidades que mueven cimientos y doblan columnas se nos exigen nuevas síntesis y nuevos acuerdos: con la

vida (bella y trágica), consigo mismo (invencibles y frágiles), con las/os compañeras/os de ruta, con la creación entera, con Dios, siempre encarnado en nuestra historia, cercano, fiel y al mismo tiempo inalcanzable para nuestra mirada limitada. Síntesis y acuerdos que manifiesten nuestra conversión de corazón y nos impulsen a entregarnos a la misión de construir un mundo justo, fraterno, orante, auténtico y libre.

El reto hoy consiste en mantenernos en fidelidad esperanzadora, no dejar caer la guardia, porque la etapa de la reconstrucción

es larga y rutinaria, quizá más pesada por su rostro anónimo. La cruz resulta incomprensible (no existe explicación convincente para la muerte de los inocentes), pero nos acerca a la verdad más verdadera de la fe cristiana: que necesitamos dejarnos amar por Dios ahí donde el dolor ha demolido nuestras seguridades. Él es la Misericordia que nos hace renacer. Él nos concede la audacia de invertir nuestras “dos moneditas” y “dar desde nuestra pobreza”, asegurándonos que está levantando escombros a nuestro lado.